



Hermanita del Cordero paseando por Saint Pierre

LA SOLEDAD ES PEOR QUE EL HAMBRE o Historia de un matrimonio

Te llamabas Claire. En la Comunidad del Cordero te llamarás hermanita Alban.

Cinco jóvenes arrodilladas. Cinco réplicas de azul. Llevan una túnica celeste que como la campana de una iglesia pendula desde el cinturón. También del talle llevan colgando un largo rosario de madera. Más abajo, en los pies, calzan unas sandalias de cuero. Un escapulario esconde las moldeadas perspicias de la costilla de Adán y para cubrir el pelo, un pañuelo marino. Recibid el velo, signo de vuestra consagración a Cristo. Que Él os revista de su fidelidad y que vuestro corazón indiviso sea para Él.

En esta ceremonia de toma de hábito el quinteto de novicias aguarda su nuevo nombre con anhelo. Será su insignia como esposas del Señor, como

hermanitas del Cordero. Desde lejos las veo, sentada en uno de los bancos de la iglesia que han construido ellas mismas en Saint Pierre, su lugar de reunión, en el sur francés. Noventa hectáreas de colinas suaves, ondulaciones infinitas de un laberinto de verdes, conseguidas gracias a la diócesis de Carcassone. Una granja ocupaba antes estos campos inmensos que ahora han sido sembrados de pequeñas cabañas de madera.

Pero dejemos un momento la placidez vestida de bosque y retrocedamos a su génesis. En su carne, en su persona, Cristo mató al odio. Esta es la frase que explica la hermanita Marie Coqueray, fundadora de la Comunidad del Cordero, subió a su corazón en una noche de oración. Y es aquí donde sitúan su origen.

Todos los sentimientos apretados, estrechos en ese lugar de la garganta donde la saliva intenta empujarlos hacia el estómago. Delante de la puerta de la habitación cierra los ojos sólo un segundo, justo el tiempo necesario para volver a llenar los pulmones. El puño cerrado en el bolsillo de su bata blanca, la palma de la mano aferrada a una pequeña cruz de madera.

Hospital de Can Ruti, Urgencias. La noche aumenta el verde lúgubre de los fluorescentes. Un ex prisionero. Lo han traído con un sida muy avanzado. Una doctora joven, de pelo corto y rizos negros, delante de la puerta de la habitación. Tú te ocupas de este puro y nosotros de todo lo demás, le han dicho sus compañeros. Y allí está, a punto de entrar a ver a Juan Manuel.

Para M^a Paz, Barcelona había sido el triunfo total. Creía que la nota del MIR no le iba a llegar, pero cuando le dieron el resultado sólo pudo pensar en la ciudad deslumbrante, en su sueño de modernidad. Era una gran oportunidad, un regalo que el Señor le hacía. Así que hizo las maletas y se despidió de Murcia.

Tenía todo lo que un día pensó querer. No sólo en el terreno laboral se le abrían todas las puertas, sino también en el afectivo. Barcelona se ofrece y la felicidad se confunde en la terraza de un bar del Raval. Y eligió vivir sin Dios. Fue una opción consciente, le dijo a Jesús: *mira, es muy bonito todo lo que cuentas, pero yo estoy triunfando y a mí esto me interesa.*

Pero la vida es como la luna, siempre crece y decrece, y poco a poco el desaliento se fue filtrando por las grietas del éxito. Empezó a sentir el vacío, por más que tuviera no podía evitar sentir que algo le faltaba. La sinrazón lo inundó todo. Fue por ese entonces cuando en el hospital le tocó acompañar la muerte de mucha gente de su edad. Y no se puede acariciar la guadaña y permanecer impasible. Un seísmo recorrió su espalda, se preguntó sobre su vida, y se quedó sin suelo. Estaba viviendo una vida que no deseaba. *Si pienso en qué cambiar, lo cambio todo.*

Miró de nuevo a Jesús. Le pidió que le enseñara a ver que Él estaba junto a los enfermos, que no sufrían solos. Volvió a una parroquia de la Verneda, donde durante tantos años la habían estado aguardando, habían rezado por ella todo ese tiempo. Pensó, *Jesús me ha estado esperando, ha respetado mi partida, sin ninguna imposición. Me ha dejado experimentar una libertad tan grande que incluso podía decirle que no. Ese esperarme suyo me hace sentir amada de una manera que no pensaba que podía llegar a serlo.*

Lo necesitaba a su lado y se compró una crucecita de madera que guardó en el bolsillo de su bata

blanca para sentir que la acompañaba en sus visitas a los enfermos.

Y aquí está, a punto de entrar a ver a Juan Manuel. *Señor, eres tú que vienes esta noche a visitarme.* Empuja la puerta y entra. *Lo han echado de la Modelo porque se va a morir. Y en la cárcel no se muere.* Sabe lo que tiene que hacer, sigue el protocolo. Prepara las medicinas que el hombre necesitará cada día. Llama a una pensión para que se ocupen de él, aunque la casera se muestra reticente finalmente la convence de que no tiene nada contagioso. También llama a unas hermanas de la Barceloneta para que se ocupen de él en el tramo final. Perfecto, ha hecho todo lo que estaba en su mano y más. Pero una sensación de fracaso le sube desde los pies y le sobrecoge el cuerpo. No ha podido establecer una conversación con él. Tiene miedo, se siente humillado por su propia situación. Y ella está arriba, la doctora.



Ya sabía que el Señor la llamaba. Lo había descubierto durante su vuelta a la Iglesia, exactamente en un encuentro de jóvenes con el Papa. En esa peregrinación se subió al autobús sin conocer a nadie. Sentía su fe muy pobre al lado de los demás, pero se dejó envolver por la desatada alegría que llenaba el automóvil. *Jesús, yo quiero encontrarme contigo.* Ahora veía que realmente estaba empezando a conocerlo de verdad, esa persona que cada día era más importante para ella. Dos momentos fueron claves en su viaje.

El primer impacto fue un icono del descenso de la cruz y el entierro de Cristo. En la pintura oriental se veía a María acogiendo el cuerpo de su hijo entre los brazos. Toda ella calma, la mirada imperturbable. Detrás había una mujer vestida de rojo sangre, rojo terrenal, rojo vivido. Chillaba escandalizada delante de la escena.

Miró la reproducción y pensó, *yo soy esa mujer delante del sufrimiento, delante de la vida, y quiero ser esa otra. Quiero pasar de la rabia a la paz.*

La segunda y más intensa experiencia fue al día siguiente, durante la proclamación del evangelio de la Anunciación. Un rumor repicaba en el sacro lugar, hágase en mí según tu palabra, los jóvenes repetían al unísono. Hágase en mí según tu palabra. Qué aberración. La muchedumbre balanceando en coro. No pensaba repetir con los demás. Y entonces, lo entendió. *Ese ha sido mi problema, nunca he dicho eso. He vivido toda la vida diciéndome cristiana pero nunca he dicho: Señor, hágase en mí según tu palabra.* Lo dijo en su corazón y para ella fue la liberación de las liberaciones. *Él me estaba esperando para este momento, para que yo le pudiera decir sí.*

Creó que quizás se había vuelto loca. Incluso le daban náuseas al ver una monja.

Y junto a la felicidad vino la sorpresa y el combate interno. Creó que quizás se había vuelto loca. Incluso le daban náuseas al ver una monja.

Un tiempo después, en un encuentro diocesano, vio de lejos a las Hermanitas del Cordero. *Señor, si no hay más remedio que llevar hábito ese no es tan feo como los otros.* Después de la misa una amiga se le acercó con un papelito. Toma, es la dirección de las de azul, son contemplativas y viven entre los pobres, creo que te pegan. Se guardó el papel, pero tardó tanto tiempo intentando olvidar todo eso que cuando fue a buscarlas ya no vivían allí.

Un día estaba con unas amigas del hospital y vio pasar a unas Hermanitas, procurando que no se notase, se fijó de dónde venían y hacia dónde iban. Y entonces empezó a ir a misa en las iglesias que había a lo largo de ese recorrido.

Finalmente, el reencuentro. A la salida de misa la hermanita Thérèse habla con Juan Manuel. *Es otro hombre, hasta en el porte, va con un bastón para su medio cuerpo paralizado, y a esta hermanita le mira a los ojos, le habla como un adulto. ¿Porqué con ella sí y conmigo no? En mi actitud hubo algo que fue humillante. Porque le dí desde arriba. Hay veces que lo que ayuda no es tener para poder dar, sino hacerse pobre con el otro y devolverle así su dignidad, de igual a igual. No es una pobreza física o material, es el haber descubierto las propias carencias del alma.*

Cuando Juan Manuel se va, se dirige a Thérèse y le dice: creo que el Señor me llama a la vida religiosa y me gustaría saber si es con vosotras.



La Comunidad del Cordero forma parte de la orden de los Predicadores, más conocidos como Dominicos. Las Hermanitas son ya más de cien con una media de aproximadamente 33 años. Cada año aumenta su número y disminuye su media. También existe la rama masculina, los Hermanitos, que son menos numerosos, actualmente sobre los cuarenta.

Lo que las define, en lenguaje religioso: su carisma, consiste en la contemplación, la mendicación y su condición itinerante.

Lo primero se refiere a que centran su vida diaria en la oración, en manducar la palabra de Dios. Es decir, en repetir el Evangelio hasta aprenderlo de memoria.

Lo segundo implica que apelan a la caridad para comer. El sentido itinerante se lo dan al cambiar con relativa frecuencia su sitio de residencia. Aunque su lugar común es Saint Pierre, donde se reúnen al menos una vez al año alrededor de agosto, el resto del tiempo están separadas en pequeños grupos, fraternidades, que se reparten en diferentes ciudades del mundo. Las podemos encontrar en Buenos Aires, Santiago de Chile, Kansas, Viena, Roma, Barcelona, Valencia, Granada, Marsella, Toulouse y varias metrópolis más.

Es El Consejo, el grupo de las cinco fundadoras, el que decide el destino y el nombre de cada una. No sin antes consultar, claro.

Su vida en estas grandes ciudades empieza con los oficios matinales y la adoración a Cristo. Después del desayuno celebran la eucaristía. A la hora de comer recorren las calles buscando una casa donde les den pan y agua. Por la tarde rezan las vísperas y luego dedican una hora a la oración personal. Acaban el día rezando las completas.

Su misión en estos grandes almacenes humanos se centra en el cuarto mundo. En los márgenes de la urbe. Son la compañía de los sin techo, de los yonquis y de todo aquél que se sienta solo. Caminan por las aceras o se sientan en un banco a esperar que alguien venga a hablarles. O se acercan ellas mismas a quien parece necesitarlo.

La vida en Saint Pierre es algo diferente. Hacia allí me dirijo en un BMW gris que conduce la hermanita Isabelle. De llavero un pequeño rosario, una pegatina de la virgen María en la guantera y un ruido extraño que sale del aire acondicionado. Este coche es un regalo de una familia afín.

A mi lado la hermanita M^a Betlem va cosiendo un nuevo velo y le añade un trocito de velcro para que se aferre al pelo. Una de las puertas se ha quedado abierta. Vaya, es la mía. No pasa nada, entre risas, muchas veces se nos quedan encallados los escapularios en las puertas sin darnos cuenta.

A menudo su método de desplazamiento es el au-

tostop. A veces consiguen llegar hasta un peaje y allí buscan a alguien que las lleve a su meta. Por seguridad nunca de noche y siempre en grupos de dos o tres.

Durante el viaje entonan una canción de bendición, sus voces de soprano se elevan por encima de la capota. Tras varias horas y una parada en el área de servicio, llegamos al monasterio del Cordero.

No viven todas juntas si no repartidas por fraternidades en varias aldeas. El único momento en que se encuentran todas es durante la misa, aunque estos días son un poco especiales, ya que están preparando la ceremonia de las tomas de hábito. Por eso también se encuentran a las seis de la tarde en la iglesia para ensayar nuevos cantos.

La Iglesia. Precedida por un prado, donde todavía te puedes hundir en los surcos que hizo el arado, se levanta el edificio como un espejismo del Lejano Oeste. La fachada triangular de madera oscura, los porches de tejas negras, no sería de extrañar que de repente apareciera un jinete de mirada perdida y cubierto de polvo. Sólo el abundante verde desmiente esta sensación.



Se abre la puerta. De sopetón la blanca te ciega y has cambiado de escenario. El ábside circular con ventanas románicas, y unas vidrieras envolventes, hechas con la vista de las hojas brillantes de los árboles que rodean el lugar. Llenando la sala, pequeños taburetes esperan desordenados a que las hermanitas los ocupen para el ensayo. Aleluya a cuatro voces, no se merecen menos que el título de coro celestial.

Aquí el idioma oficial es el francés, aunque muchas hablan castellano. De todas formas, tengo traducción simultánea a todas horas, se llama Montserrat. También las misas son traducidas para el sector español, amigos y familiares que han venido a pasar unos días. Pero con alta tecnología. Es una visión un tanto anacrónica, una monja con unos auriculares inalámbricos que recibe a través de las ondas la voz del cura.

Sigamos el camino de piedras. Después de varias curvas encontramos la Catedral Verde. Sus bóvedas son grandes hayas. Un cartel, zona de silencio, preside la entrada. En uno de los árboles hay una campana, en otro una gran cruz. Este es el



escenario de las ceremonias cuando hace buen tiempo.

Si nos damos prisa llegaremos a la impresionante puesta de sol. En una de las colinas, bajo una enorme cruz de madera, una fila de monjas azules reza las completas. Desde el horizonte se va extendiendo lentamente el fuego que quema las nubes, el cielo en llamas, el sol altivo demuestra su poder.

La noche cae rápida. La celda está esperando en una cabaña de madera. Una mesa, un taburete, una estantería y dos baúles planos que juntos se llaman cama. Sobre esa tabla, un ligero colchón de espuma, de tres dedos como mucho. El grosor es un privilegio reservado a los visitantes o a las hermanitas con problemas de espalda, las demás solo tienen una esterilla.

Como gesto de comunión con los que no tienen acceso fácil al agua el lugar está inundado de cubos. Sólo en un punto de todo el recinto hay agua potable, del resto de grifos no se puede beber. Por la mañana la encargada de la intendencia va a buscar provisiones del deseado líquido transparente. Además cada una posee su propio cubo que utiliza para limpiarse. Esto lo suelen hacer tanto en la celda como en las cabinas de ducha que hay en cada fraternidad. También para “tirar de la cadena” se usa un cubo.

Las horas pasan apacibles sin relojes ni agobios, y sin darse cuenta el tiempo se expande y se contrae como un acordeón. Pero en medio de esta calma hay un bullicio en susurros, hay que organizar la venida de todos los familiares a la fiesta. Un movimiento delicado e incesante se remueve

por el campamento. Por suerte, para comunicarse de una fraternidad a otra tienen walkie-talkies.

Hoy se han reunido las novicias a la hora de comer para preparar la Procesión de los Pasteles. Cada una se encarga de una parte. Unas han compuesto una canción. Otras tienen la misión de buscar niños para que lleven los pasteles. Algunas han fabricado cintas de colores para ir las agitando alrededor. La emoción se desborda en sus pupilas. Todas expectantes por las nuevas integraciones. La toma de hábito será esta noche y mañana habrá una gran fiesta.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotras. Es medianoche y una columna de velas y antorchas ha tomado el sendero. En la cabecera una de las monjas lleva un gran estandarte con el símbolo del cordero. Todas oscuras bajo la luna. En procesión acompañan a las nuevas hermanitas hasta la capilla donde permanecerán en oración las primeras horas de esta vida que acaba de empezar para ellas. A lo largo del camino van repitiendo todas juntas: cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotras.

Hermanitas, en el día de vuestro bautismo, fuisteis consagradas a Dios por el agua y por el Espíritu, ¿queréis, por la profesión religiosa, estar más estrechamente unidas a Él?

Sí, quiero, con la gracia de Dios.

Este viaje llega a su fin y por el retrovisor veo unas cuantas siluetas azules diciendo adiós con la mano. Como despedida cantan una canción y algunas agitan su escapulario en el aire, hasta que el vehículo se pierde de vista.